

LA EUROPA DE LOS PARTIDOS

LOS grandes partidos de los países europeos están celebrando continuamente reuniones y consultas con la idea de acordar mutuamente sus programas y planes, sobrepasando el nivel nacional y elevándolo al continental. Tienen delante de sí la perspectiva de una elección por sufragio universal del Parlamento Europeo. La "cumbre" de los países europeos reunida en Luxemburgo ha aplazado para la próxima reunión del Consejo de Europa la modalidad de las elecciones (los comunistas franceses se oponen al sufragio universal, y también otros grupos políticos), pero parece decidida la fecha de 1978 (mayo-junio), aunque no la repartición de escaños entre los diferentes países. La mentalidad supranacional no está todavía hecha. No es fácil. Hay una interesante frase del portugués Melo Antunes, que indica el objetivo del cambio de mentalidad: "Ser 'nacionalista', hoy, no es ya ser patriota: es resignarse, por el contrario, a comprometer la independencia de la patria. (...) Es preciso construir la Europa de los pueblos...". La gran derecha española, que pronto o tarde tendrá que someterse a la supranacionalidad, no puede soportar todavía estos términos: su noción del internacionalismo es todavía peyorativa y su monopolio del patriotismo tiene límites mucho más cerrados, excepto cuando se trata de conceder bases a Estados Unidos, implantar grandes empresas extranjeras, vender zonas de turismo o mandar dinero a Suiza. La idea de la Europa de los pueblos debe aparecerle como blasfema ante la propia de la Europa de los capitales, que le resulta mucho más grata. No de otra manera piensan los actuales detentadores de la Comunidad Económica Europea, aunque sus sistemas democráticos no les permitan defender el fortín con tanta fiereza como lo hace la gran derecha española.

CADA uno de los grandes partidos políticos nacionales aparece hoy dividido en facciones, ramas, alas o tendencias; es muy difícil, por tanto, que lleguen a acuerdos de tipo internacional que pudieran suponer un cierto sacrificio de sus intereses inmediatos de carácter nacional. Podríamos decir que en cada uno de los grandes partidos se advierten dos tendencias claras —aunque luego haya más aún, en forma de matices—, que proceden de circunstancias históricas. Una tendencia es la clásica, llamando clásica a la posición adoptada en la última guerra mundial —que muchas veces procedía de circunstancias anteriores—, y otra es la contemporánea, que se desprende de tradiciones y busca conectar con la realidad económica y con la opinión pública más generalizada. Podría servir como ejemplo, tomando como base nuestra guerra civil, la diferencia entre el Partido Socialista "histórico" frente a su nuevo rejuvenecimiento. Podría tratarse igual, o incluso de manera más visible, el caso de las democracias cristianas, tan agudizadas en sus posturas, que en España sería visible entre la extrema derecha continuista que representa el grupo del diario "Ya" o su favorecido, el señor Silva Muñoz, y el ala izquierda del señor Ruiz-Giménez. En Europa, las democracias cristianas fueron llamadas a

gobernar por el imperativo dominante de los Estados Unidos con una función ideal: evitar el renacimiento del fascismo en los países que lo habían soportado y evitar a toda costa no ya que los comunistas progresaran, sino incluso que ocuparan los puestos parlamentarios que les correspondían por su proporción electoral. Fue una democracia cristiana aguerrida y combatiente, en la vanguardia de la "guerra fría". Sus residuos —aún muy fuertes— se oponen a los nuevos democristianos que buscan su camino a la izquierda, no sólo por razones de programación política con arreglo a las realidades, sino incluso por la inspiración de la Iglesia, que les sigue sirviendo de norte.



"Ser 'nacionalista', hoy, no es ya ser patriota: es resignarse, por el contrario, a comprometer la independencia de la patria". En la foto, el autor de esta frase, Melo Antunes, entre Cunhal y Magalhães Mota.

EN algunos países, por razones históricas especiales, la democracia cristiana representa una derecha bastante inclinada al extremo, como en Alemania Federal. En otros, como en Italia, con la elección de Zaccagnini, se abre hacia la izquierda, pero sin dejar de tener en cuenta la existencia de una ala derecha muy importante. En Francia prácticamente ha desaparecido en tanto que partido, después de su gran predominio en los tiempos de Georges Bidault: algunos de los democristianos se mantienen en un centro débil e insignificante, otros se han aliado con la derecha gobernante. La Unión Europea de los Demócratas Cristianos no presenta un panorama tranquilizador. La Internacional Socialista suele ofrecer una cohesión mayor, pero siempre que trate gran-



Mitterrand se encuentra ante conflictos europeístas con sus aliados, como el de la elección del Parlamento supranacional por sufragio universal, que Mitterrand abraza, mientras el PCF lo repudia. En la foto, el líder socialista, junto a Georges Marchais.

des y vastos temas: no puede haber muchos acuerdos entre el socialismo no marxista de los ingleses —el laborismo—, el puramente proamericano de Israel o el unionista —con los comunistas— de Mitterrand. Aun así, este último se encuentra ante conflictos europeístas con sus aliados, como el de la elección del Parlamento por sufragio universal, que Mitterrand abraza —y acaba de decirselo así a Willy Brandt— mientras el comunista lo repudia. "L'Humanité" acaba de atacarle por esta decisión de pronunciarse favorablemente hacia "lo que se ha presentado como la elección del Parlamento Europeo por sufragio universal. Admirable hallazgo para desposeer, en realidad, de sufragio universal a los franceses. En 1978, por la gracia de la 'elección europea', se podría ver, en efecto, a la izquierda, mayoritaria en nuestro país, encontrarse como minoritaria en el seno de un Parlamento supranacional, en beneficio del cual Francia habría consentido los sacrificios de la soberanía exigidos por Willy Brandt". Efectivamente, las declaraciones de Mitterrand y de los socialistas alemanes no pueden tranquilizar mucho a los comunistas franceses, desde el momento en que se ha presentado la "unión de la izquierda" como algo que ha permitido crecer al Partido Socialista sin dar "nuevas posibilidades" al Comunista.

LOS mismos partidos comunistas de Europa son ahora reticentes a provocar una reunión comunista internacional, que terminaría por poner de manifiesto que el nuevo nacionalismo de cada partido, sobre todo de los mediterráneos, presenta una serie de diferencias graves para la realización de una política común. La acusación del teórico soviético Suslov, según la cual los partidos comunistas caen en "variantes regionales o nacionalistas del comunismo", podría ponerse de manifiesto de una manera demasiado dura a la hora de elaborar un programa común para Europa. Sin embargo, en este momento, los comunistas de Europa se están viendo atacados de una manera internacional y sin discri-

minaciones por la nueva campaña de "guerra fría": su enemigo es más internacionalista que ellos mismos.

DE todas formas, los partidos comunistas tienen una mayor tendencia a la unidad, aunque procedan de distintos países, que los otros. Una razón muy visible, aparte del tronco común de la doctrina, es la de que los comunistas no han cesado de estar en la oposición, mientras que socialistas o demócrata-cristianos han estado o están en el poder en numerosos países, y han asumido las cuestiones nacionales de una manera práctica y visible, lo cual ha podido enfrentar a los de un país con los de otro.

LAS 'vias nacionales' son demasiado específicas, las tradiciones demasiado paralizantes, para que sea posible un lenguaje común cuando los electores no representan siquiera unas capas de electores análogas", dice un reciente editorial de "Le Monde" sobre este tema.

NO es de extrañar que el Consejo Europeo, reunido en Luxemburgo, haya tenido tan poca eficacia en su reunión del 1 y 2 de abril como se comenta, y haya dejado para la próxima reunión asuntos importantes. Asuntos que van rodando desde hace años de una reunión para la siguiente, sin que nunca llegue el turno a las soluciones.

SIN embargo, a cada paso del tiempo, a cada nueva reunión, se van constatando mayores tendencias hacia lo que une en lugar de hacia lo que separa, desde el punto de vista de un enfrentamiento general entre las capas trabajadoras de las naciones y las estructuras capitalistas. La tendencia a la unificación de propósitos, aun dentro de esta dificultad de entendimientos y de la nueva fuerza de los nacionalismos, es fácilmente perceptible. Sólo que a plazos largos. ■